

EXAMEN

DE LOS

PRINCIPALES ARGUMENTOS

DEL ATEISMO.

CUANDO concebimos el designio de vengar de los embates de la impiedad el primero de todos los dogmas, la existencia de Dios, no pudimos ménos de preguntarnos ántes á nosotros mismos, si no seria mas conveniente dejar en el olvido esos tenebrosos argumentos, que sacarlos á la luz pública; y si revelándolos no nos expondríamos á oscurecer una verdad palpable que brilla con su luz propia, del mismo modo que el sol con sus rayos, haciendo acaso vacilar la conviccion por los mismos medios con que quisiéramos afirmarla. Pero esta consideracion debia ceder á la necesidad de que la Divinidad tenga tambien sus defensores, ya que ha teni-

EXAMEN DE LOS ARGUMENTOS DEL ATEISMO. 161
do tantos enemigos cuya voz ha resonado, á manera de una trompeta en toda la Europa. Nos parece ademas, que despues de una época en que el ateismo ha sido como el tono dominante del mundo sabio y literario; en que la ciencia y el talento han hecho esfuerzos increíbles para explicarlo todo sin la intervencion de la causa suprema é inteligente, y en la que mil producciones diversas, marcadas todas con el sello de la impiedad mas escandalosa, han circulado por todas las clases de la sociedad; es imposible que no hayan quedado impresiones funestas aun en los entendimientos que no se hayan pervertido del todo con estas perniciosas doctrinas. Por consiguiente no será inoportuno ni superfluo el combatir las. El ateismo ha dejado entre nosotros rastros profundos de sus estragos; y lo que en otro tiempo era raro y horroroso, ha llegado ya á ser comun y familiar á nuestro pensamiento. Si Bossuet volviera entre nosotros, no podria decir lo que decia de su tiempo en uno de sus discursos: „La tierra sostiene corto número de esos insensatos, que baje del imperio de Dios, entre sus obras y en medio de sus beneficios, se atreven á decir que „no existe; y cuando á la luz del cristianismo „llega á descubrirse alguno, debe considerarse

„su encuentro como desgraciado y abomina-
„ble (1).” Puede sin duda ser útil discutir los
argumentos de los ateistas, ya sea para borrar
las impresiones fatales que han dejado, ya para
precaverlas: tal será, señores, el único objeto
de esta conferencia.

Si escuchamos á los ateos de nuestros dias,
nos dirán, así en sus discursos como en sus li-
bros: „¿Cuál es pues ese ser diferente de este
„universo que llamais Dios? ¿dónde le colocais?
„¿os le figurais un espíritu que ha creado la ma-
„teria y el movimiento? ¿Pero cómo puede con-
„cebirse esta produccion del seno mismo de la
„nada? ¿Puede salir de la nada cosa alguna?
„¿Quién nos explicará su naturaleza? ¿Cómo
„podreis darnos una idea de ella? Si nuestra
„doctrina es oscura, ¿es la vuestra mas lumino-
„sa? ¿Y es acaso mas incomprendible el ateis-
„mo, que ese Dios en que vosotros creéis? Os le
„figurais un Ser infinitamente bueno, sabio y
„justo; pero lo seria en verdad mucho mas, si
„se hiciera mas visible al género humano: así
„se atraeria la admiracion y los homenajes de
„todos, mientras que existen por el contrario
„tantos que no creen en él, y son acaso los mas

(1) Primer sermón de Adviento.

„ilustrados y mas deseosos de conocer la ver-
„dad. ¿Por qué esta tan oculto y se esconde
„á nuestras investigaciones! Vosotros recurris
„á Dios para explicar este mundo visible: re-
„curso inútil. Suponed el mundo eterno; el mo-
„vimiento inherente á la materia; una sucesion
„siempre continua de seres variados en sus for-
„mas, en sus figuras y en sus propiedades na-
„turales, con sus afinidades ó sus oposiciones,
„con cierta tendencia á unirse ó desunirse, y
„haciendo siempre esfuerzos para llegar á un
„sistema de cosas en que cada uno esté en su
„puesto; y tendreis este universo fisico con to-
„das sus bellezas, con los animales que habitan
„la tierra, y hasta el hombre mismo. De este
„modo todo se explica sin Dios, y solo la igno-
„rancia de las causas fisicas ha hecho inventar
„la causa inteligente.”

Tales son, señores, en compendio los argu-
mentos de los ateos, que resumiendo en las
mismas palabras de un sabio de nuestros dias,
célebre por su ateismo durante el curso de su
vida, reduciremos á las tres siguientes aser-
ciones hablando de Dios (1): *no se le compren-*

(1) *Lalande. Second supplément au diction. des athées.*
pag. 90.

de, no se le ve, todo se explica sin él. Bien débil, á la verdad, y desesperada debe ser la causa del ateísmo, cuando despues de cincuenta años de trabajo y de esfuerzos un sabio distinguido ha podido encontrar solamente estos frágiles apoyos.

La primera objeccion es que *no se puede comprender á Dios.* Es indudable que el Dios á quien adoramos es un Dios incomprendible, y de ello nos gloriamos en lugar de avergonzarnos; y aun cuando podamos conocerle, como pronto diré, jamas llegaríamos á comprenderle: sus perfecciones son de tal modo superiores á nuestros débiles pensamientos, que aun cuando tuvieseis toda la magnificencia del language de los antiguos profetas de Israel, todas las luces de los mas bellos ingenios que han ilustrado las naciones y los siglos, y toda la sutileza de las inteligencias que el cristianismo representa al redor del trono del Eterno, como ministros de sus santas voluntades, jamas podriais pintarlas: vuestros sentimientos y vuestras expresiones quedarian á una distancia infinita de su suprema Magestad; y despues de apurados todos vuestros esfuerzos, os veriais precisados á confesar que no se le puede caracterizar mejor que llamándole incomprendible. Solo Dios se cono-

ce á sí mismo con un conocimiento perfecto: el poder, la sabiduría y la bondad sin límites no pueden ser comprendidos mas que por una inteligencia ilimitada. De otro modo no seria verdadero Dios, sino un dios imaginado por los hombres. Por mas que queramos penetrar en lo infinito, jamas hallaremos sus límites; porque no los tiene, y es como un mar inmenso sin fondo y sin ribera. La incomprendibilidad es de tal modo esencial á la naturaleza divina, que el no creer en Dios porque es incomprendible, es no creer en él porque es Dios, lo cual seria por cierto una bellissima razon.

Dios es incomprendible. Expliquémonos para no disputar inútilmente. Comprender á Dios es tener de él una idea completa; penetrar su naturaleza y sondear todos sus abismos, seria ver perfectamente la hermosura y armonía de sus perfecciones; y esto es precisamente lo que excede la capacidad de un entendimiento débil y limitado, como el del hombre. Conocer á Dios es saber que existe, es tener de él ideas, si no completas bajo de todos aspectos, á lo ménos bastante claras para ver suficientemente lo que él es con respecto á nosotros, y lo que nosotros somos con relacion á él; para hablar de él de un modo juicioso y razonable; y tener

un convencimiento íntimo y profundo de su existencia, de su poder, de su sabiduría, de su bondad y su justicia, aunque no podamos conocerlas en toda su extension. Tal es nuestra situacion sobre la tierra. Y qué, señores, cuando el nombre de Dios resuena en vuestros oídos, ¿es acaso solo un sonido vago que se lleva el aire, y no sentís excitarse en vuestras almas ninguna idea, ni sentimiento alguno? Cuando hablamos del Ser eterno, sin principio y sin fin, cuya naturaleza es existir, y á quien el ser es tan esencial como la redondez al círculo; que, independiente de toda causa extraña, nada ha recibido y nada puede perder; que permanece siempre inalterable y siempre el mismo, al paso que en este mundo todo pasa y todo se gasta como un vestido; que solo existe verdaderamente, porque todo el resto de los seres recibe de él una existencia precaria; ante quien el universo es como la nada, y todas las naciones como si no existiesen, y que puede decir de sí aquella palabra de nuestros libros santos: *Yo soy el que soy*; cuando hablamos, digo, de un Ser todopoderoso, que ha comunicado la existencia, el movimiento y la vida á cuanto compone este universo; que puede crear los soles con la misma facilidad que los insectos; que ha

diseminado las estrellas en el firmamento, como el polvo en nuestros campos; que puede producir cuanto quiera por sola su voluntad, y que dijo en el principio: *Hágase la luz, y la luz fué hecha*; si hablamos de un Ser soberanamente sabio, que por medio de leyes igualmente sencillas que fecundas, gobierna este mundo visible: cuya providencia se extiende sin el menor esfuerzo á los cielos estrellados y á la yerba del campo, á los mas vastos imperios como al mas oscuro individuo; que conduce las criaturas inteligentes á sus fines adorables fuerte, pero tambien dulcemente, y juguetea, digámoslo así, con este inmenso universo; si os hablamos en fin de este Dios justo que en todo sigue las reglas de su infalible y soberana razon; de este Dios santo cuya infinita pureza aleja de sí todo lo malo á una distancia infinita; de este Dios bueno que feliz por sí mismo se complace en derramar sobre sus criaturas alguna parte de su suprema felicidad; si os dirigimos semejante discurso, ¿somos tan ininteligibles como si os hablásemos en una lengua extranjera y del todo desconocida? ¿No tienen estos pensamientos alguna proporcion con vuestro modo de sentir y de juzgar; ó es todo esto tan bárbaro y tan oscuro como si os hablásemos de un

circulo cuadrado, ó de un cuadrado circular? O por el contrario, ¿no es tan razonable la idea de Dios que está al alcance de todos los entendimientos, y se halla mas ó ménos aclarada entre todos los pueblos de la tierra? ¿No se halla su nombre en todas las lenguas, y en las obras de los mas brillantes ingenios que ha producido el mundo; en las instituciones de los mas grandes legisladores, y en los cánticos religiosos de todas las edades y de todas las naciones? ¿No es indeleble su recuerdo, y bastante claro su conocimiento, aunque imperfecto, para ser una regla mas ó ménos perceptible de las acciones humanas? Yo os pregunto: ¿es por ventura una misma doctrina la de una causa inteligente que la del acaso; la de un ser poderoso y sabio que obra con eleccion y discernimiento, que la de una ciega necesidad; la de un Dios, autor de las bellezas y del orden de este universo, ó la de este mismo universo, resultado tan solamente del concurso fortuito de las partes de la materia puestas en movimiento? ¿Produce las mismas ideas la exposicion de una ú otra doctrina? ó por mejor decir, ¿no tenéis nociones bastante exactas de ambas para cónocer su mucha oposicion? ¿No puedo yo, al ver un cuadro de un efecto admirable, formar idea, á lo ménos in-

perfecta, del talento del pintor, de su inteligencia y de su maravillosa industria, aunque no me sea posible graduar exactamente las cualidades de su entendimiento, ni el modo con que ha sabido animar el lienzo y hacer revivir, digámoslo así, á mi vista objetos que ya no existen? Cuando veo una ciudad populosa en donde todo está en paz, en donde las personas y las propiedades disfrutan de seguridad bajo de la salvaguardia de las leyes, y en donde la libertad no degenera en licencia, ¿no podré acaso formar una idea razonable del agente invisible que dirige los resortes de esta sabia administracion, aunque ignore como los maneja y hace concurrir al bien general? Y si es cierto que este mundo no es mas que un encadenamiento de las causas segundas y de sus efectos, ¿no podré yo formar la idea de la causa primera, del Ser autor y ordenador supremo de todas las cosas, aunque mi pensamiento no pueda comprender su modo de existir y de obrar? Podemos pues tener una idea de Dios por incomprendible que sea; ¿y no es ya tener alguna idea de él el saber que es incomprendible?

«Dícese que Dios es incomprendible; es cierto: no comprende su eternidad; pero la necesidad de algun ser eterno está rigorosamente

demostrada; pues por el hecho de que hay alguna cosa que existe en el dia, es necesario que alguna haya existido siempre, porque si no existia cosa alguna ántes de todo lo que ha tenido principio, no habia mas que la nada; y si no hubiese habido mas que la nada, tampoco habria ahora otra cosa; pues la nada no puede producir cosa alguna. Por tanto es evidente que hay un ser increado, eterno, existente ántes del tiempo, que no ha tenido principio ni tendrá fin, en quien la medida de su duracion pasada es la eternidad, y la misma eternidad la medida de su duracion futura. Esto hizo decir á Pascal que *el hombre es un punto colocado entre dos eternidades*. No examinaremos ahora si este ser eterno es Dios ó la materia; pero veamos ya á los ateos obligados á admitir la eternidad de un ser cualquiera. ¿Y hay sin embargo una cosa mas incomprendible? No comprendéis la creacion, ni como ha salido el universo de la nada; pero guardémonos de atribuir á los adoradores de la Divinidad ideas absurdas que no tienen. No se dice que la nada sea una causa productiva que haya hecho el mundo; que la nada haya suministrado la materia de que está compuesto, ni que esta se haya extrahido de los abismos de la nada, como los metales

de las minas que los encierran; pues entónces habria una implicacion en los términos y un absurdo manifesto: dígase pues que Dios por su poder infinito ha dado la existencia á lo que no la tenia, y que ha realizado por la fuerza de su voluntad lo que era posible en las ideas de su entendimiento divino. No hay duda que no conocemos este modo de obrar: para comprender cual es su manera de querer, y el poder de su voluntad, seria preciso hallarse en el seno de la Divinidad. Si no conociésemos por nuestra experiencia personal y por nuestro sentimiento particular lo que es el querer del hombre, nos seria imposible formarnos idea de él; así como al sordo y al ciego de nacimiento les es imposible concebir el sonido y los colores. Seria un pensamiento muy bajo y terreno atribuir á la Divinidad lo que solo es propio del hombre, cuyo poder é ideas son limitadas. El hombre puede sin duda dar á los objetos pre-existentes nuevas formas; puede modificar la materia, pero no crearla; y solo Dios con su poder infinito puede dar una existencia efectiva á lo que ántes solo la tenia posible: esto es lo que llamamos crear ó sacar de la nada. ¿Y no deberá haber una diferencia infinita entre el poder de Dios y el del hombre? Y si el poder

limitado de este puede crear modificaciones, ¿por qué no podrá un poder ilimitado crear los seres? Dentro de nosotros mismos encontraremos una imágen, aunque imperfecta, de este poder creador: mi brazo por ejemplo está ahora inmóvil, y este estado de reposo es la ausencia ó la nada del movimiento; pero quiero, y sin mas que esto, al momento se mueve; y este movimiento que ántes era posible, se hace efectivo, y por un acto de mi voluntad sale de aquella especie de nada en que ántes estaba; he aquí una especie de creacion imperfecta, figura de la creacion perfecta de que solo Dios es capaz.

Dios, decís, es incomprensible; ¿pero comprendéis acaso el modo con que lo pasado está presente á vuestra memoria, como se lanza nuestro pensamiento simultáneamente á todos los mundos, y como vuestra alma anima todas las partes de vuestro cuerpo? Por todas partes, señores, estamos rodeados de cosas incomprensibles, y nadie debería hablar ménos de la incomprensibilidad de Dios que los ateos, cuyos sistemas son solo un conjunto de palabras incoherentes, de proposiciones contradictorias y repugnantes, y cuya doctrina es tan increíble que apenas la adoptan algunos entendimientos

extravagantes, de suerte que solo por un exceso de credulidad es posible ser ateo. Pero esta observacion corresponde á otro lugar: paso ahora á la segunda dificultad que nos proponen.

No se ve á Dios. Es indudable que si el autor de la naturaleza no hubiera marcado su obra con un sello divino, y dado un testimonio de sí mismo, manifestando sus atributos de un modo capaz de convencer á todo entendimiento racional, nos veriamos reducidos á formar conjeturas vagas sobre su existencia, y á fluctuar entre la incertidumbre y el choque de los sistemas del entendimiento humano. Pero cuando todo nos representa su alta magestad, y cuando la razon del género humano y la naturaleza entera aclaman á un Dios, autor de todas las cosas, digno de nuestras adoraciones y de nuestro amor, ¿quiénes somos nosotros para atrevernos á preguntarle por qué no se nos manifiesta aun mas, y para exigir mayores luces, en lugar de recibir con agradecimiento las que nos ha dado? Quisiérais que Dios se os descubriese aun mas; ¿pero hasta qué punto exigis que extienda esta manifestacion de sí mismo? No pretendereis ciertamente que el Ser infinito deba descubrirse á un ser tan débil como vosotros en el estado infinito de su grandeza y

de su gloria. ¿Quisiérais que su existencia fuese para vosotros tan perceptible como la del sol ó la de vuestro cuerpo? Pero entónces ¿qué mérito tendríais en creer en él? ¿Teneis alguno en creer la existencia del sol que veis con vuestros ojos? Justo y bueno este Dios Todopoderoso, pero al mismo tiempo independiente, Rey y Señor de las criaturas, y celoso de los homenajes de un corazon recto y sincero, se presenta á nosotros con un resplandor suficiente para que le podamos descubrir, y bajo de un velo bastante denso para que nos quede el mérito de creer en su presencia. Pensais que el Dios bueno lo seria mucho mas si se os hiciese mas visible; pero así como es la bondad misma, así tambien es la soberana sabiduría: ¿y quién sabe si en sus decretos eternos no ha obrado sabiamente en no manifestarse mas? Vosotros creeis que seria aun mejor si fuera mas visible; y otro le creeria mejor si le diera mas salud, mas talento y mas poder. Así la Divinidad estaria sujeta á los vanos caprichos de los hombres, y seria preciso que sus ideas arbitrarias fuesen la regla del que es la suprema razon. Yo bien concibo como Dios es á un mismo tiempo visible é invisible: visible en sus obras, que son otros tantos espejos en que reflejan sus adora-

bles perfecciones, é invisible á causa de las sombras que cubren su infinita magestad: es como el sol oculto detras de una nube. Si la Divinidad estuviese mas léjos de nosotros, podria escaparse á nuestra vista; y si mas cerca, nos arrebataria con tanta impetuosidad, que quitaria al hombre toda su libertad, y caeria por tierra toda la economía del mundo actual. La rectitud del corazon, la buena fe, el deseo sincero de conocer la verdad, es lo que nos hace estimables á los ojos del justo apreciador de las cosas, y el que le busque con intenciones puras le encontrará. S. Agustin tuvo un pensamiento, frecuentemente repetido, pero que es preciso traer siempre á la memoria, porque siempre se olvida; y vamos á repetirle en los mismos términos de Pascal: „Hay bastante luz para „aquellos que no desean mas que ver, y bastan- „te oscuridad para los que tienen una disposicion contraria (1).”

En esto, como en todo lo demas, se muestra el cristianismo eminentemente arreglado á la razon, y nosotros podemos observar como la revelacion al tiempo que purifica y perfecciona, confirma todo lo que inspira una razon sa-

(1) Pensamientos cap. XVIII, núm. 2.

na. Ella nos enseña que esta vida es el tiempo de las sombras y de la oscuridad, y no el de la luz plena y perfecta: que para merecer ver, es preciso comenzar por creer: que un día se rasgará el velo que nos oculta la Divinidad, y que el tiempo presente, semejante al crepúsculo que anuncia el sol, no es mas que la aurora del día de la eternidad. Vamos á la tercera dificultad, á saber: que para nada se necesita de Dios, y que todo se explica sin él.

Bien sabido es, señores, con qué jactancia han ponderado los ateos modernos su ciencia y sus luces. Al oírlos, les creeríamos unos entendimientos sublimes, que remontados en las alas del ingenio, dominan sobre las preocupaciones vulgares; y si alguna vez se dignan bajar de aquella altura para alargarnos una mano compasiva, es por un resto de piedad soberbia, de la cual consienten no despojarse; y pronunciando contra nosotros las palabras enfáticas *superstición, preocupaciones, credulidad*, nos acusan de caminar por los senderos de la rutina, y nos convidan á romper, á su ejemplo, los grillos de una vergonzosa esclavitud. ¿No sería singular que la acusación de credulidad que nos hacen recayese enteramente sobre ellos; que la fuerza del ingenio estuviese de nuestra

parte, y solo hubiese de la suya flaqueza y puerilidad? A la verdad que si con alguna cosa se les puede convencer de esto, es con su misma pretension de explicarlo todo sin recurrir á Dios.

Es en efecto fácil hacer ver que sin él es imposible explicar la existencia de la materia, la del movimiento, y en particular la del hombre.

Digo primeramente que no se puede explicar con el ateismo la existencia de la materia, de esos cuerpos de que está compuesto el universo sensible; y en efecto, si la materia no es la obra de un Dios criador, ¿á quién debe entónces su existencia? Ciertamente no la debe á la nada, porque esta no produce nada; y en este caso es preciso decir que la materia existe por sí misma; que es eterna, que por su naturaleza existe necesariamente, y que por lo tanto es lo que los metafísicos llaman *el ser necesario*: asercion no solamente arbitraria, sino contraria á la razon. Yo os hago desde luego la observacion, de que no siendo la materia una ficcion de nuestro entendimiento, sino una cosa real, y un compuesto de una multitud de partes, unidas entre sí, cada una de estas partes, si la materia existiese necesariamente, tendria tambien una existencia necesaria; y de tal

manera que seria imposible sin contradecirse suponerla no existente: así pues no habria un solo grano de arena, una molécula de aire, ó un átomo de materia á las cuales no fuese tan esencial la existencia como lo es la redondez al círculo: ideas tan inseparables que es imposible desunirlas sin contradecirse á sí mismo. Ahora pues, pregunto si sucede lo mismo con la idea de un átomo y la de su existencia, y en qué se perjudicaria á la esencia de las cosas porque yo supiese que tal átomo no existe. Es claro que en nada; y por consiguiente este átomo no existe necesariamente: lo mismo que digo del uno puedo decir de todos: luego la materia no existe por sí misma, sino que ha sido creada, y por consiguiente hay un Dios. Además quisiera tambien que observáseis que la Suprema perfeccion consiste en existir por sí mismo; en tenerlo todo de su propio fondo; y que el ser que existe por sí mismo es independiente, todo lo posee, y nadie podrá limitarle. Además, si alguna cosa hay demostrada en metafísica es que el ser necesario tiene todas las perfecciones de inteligencia, sabiduria, bondad, libertad y justicia: por lo cual si la materia fuese este ser necesario, seria preciso atribuirle todas estas perfecciones. ¡Y qué extraña vio-

lencia no habria que hacer para esto á la razon! Aun hay mas: como cada particulilla de materia existiria necesariamente, seria tambien soberanamente perfecta, cada una seria Dios; y hé aquí como desechando el ateo al Dios verdadero, poblaria de dioses todo el universo. Observemos todavia que la materia no existe sino con los atributos que le son naturales, á saber: cierta disposicion de partes, cierto modo de ser, y una forma cualquiera; de lo que se sigue que no ha podido existir eternamente sin forma determinada, eterna como ella, indestructible é inmutable; circunstancias que vemos todos los dias desmentidas por la variacion perpetua de sus formas. Yo conozco que todas estas razones son mejores para un libro que se puede meditar con toda detencion, que para un discurso público en que las palabras pasan rápidamente; por lo que me limito á lo que llevo manifestado, fundado todo en una metafísica incontrastable, y que podeis ver mucho mas ilustrado por otros, especialmente por Clarke (1).

He dicho en segundo lugar, que es imposible explicar el movimiento sin recurrir á Dios.

[1] Traité de l'Exist. de Dieu, tom. 1, chap. II et suiv.

Una de las propiedades de los cuerpos es la de poder trasladarse de un lugar á otro, y ser agitados; esto llamamos movimiento: ahora pregunto, ¿de dónde procede el movimiento de la materia? Dejo á vuestra eleccion el que digais ó que le ha sido comunicado en el principio, ó que le es verdaderamente esencial. Si decis que el movimiento le ha sido comunicado, os preguntaré por quién. Seguramente que no ha sido por sí misma, porque en la suposicion en que hablamos no lo es verdaderamente esencial: por consiguiente le ha recibido de una causa motriz, diferente de ella misma; y ya tenemos aquí el primer motor distinto de la materia, á saber, Dios. Digase enhorabuena que el movimiento se ha comunicado por una á otra parte de la materia, sin ninguna causa original primitiva ó extrínseca á su existencia, y que es una sucesion interminable de movimientos que pasan de uno á otro cuerpo: esto es querer engañarse á sí mismo, pues siempre será preciso llegar á un átomo que ha sido puesto en movimiento el primero, y respecto del cual repetiré la pregunta de cuál es la causa eficiente de su movimiento. Decid si quereis que el movimiento es esencial é inherente á la materia: esta respuesta os va á embarazar tan-

to como la primera. Yo concibo desde luego la idea de un cuerpo y la de su movimiento; y conozco que puedo separar estas dos cosas, pues puedo suponer un cuerpo en quietud sin destruirle; y la misma experiencia me enseña que siempre está inmóvil si otro no le impele: por consiguiente la idea de un cuerpo no lleva consigo la del movimiento; y aunque ninguno se le conceda, no por eso deja de tener toda su esencia: de donde se infiere que el movimiento no le es esencial, sino que le ha sido comunicado por una causa preexistente; de suerte que siempre venimos á parar á la causa primera, á Dios. Podria hacer os otros muchos ratiocinios, si no temiese molestaros con una materia tan abstracta; y prefiero remitiros á Fnelon, en cuyo *Tratado de la existencia de Dios* (1) hallaréis capítulos muy sólidos y luminosos sobre esta materia.

Digo por último que es imposible explicar sin Dios la existencia del hombre. Si subimos de familia en familia, y de siglo en siglo, irémos á parar en un hombre que fué el primero sobre la tierra vivo, organizado y sensible como nosotros, sin haber nacido de un padre y

[1] Véase la 1.ª parte cap. III, y la 2.ª cap. III.

una madre; pues por mas que queramos alargar por tiempos imaginarios la cadena de las generaciones, siempre terminaremos en su primer eslabon. Yo no espero oír á nadie decir que por sí mismos y necesariamente hayan existido algunos individuos de nuestra especie desde la eternidad, los cuales hayan sido el tronco de todos los demas; y por consiguiente que el género humano no tiene principio. Esto seria un absurdo: tales individuos existirian todavía, pues lo que existe por necesidad de su naturaleza no puede dejar de existir; y ¿hay acaso en nuestra especie semejantes individuos eternos? Es pues indudable, señores, que la especie humana ha tenido principio; véamos cuál puede ser su origen y la causa de su existencia. Nosotros creemos y decimos una cosa muy sencilla: un Dios criador dió al primer hombre el ser y la vida, y con su poder omnipotente formó su cuerpo con maravillosa industria, á la manera que un alfarero da al barro las formas que le agradan; y en seguida le animó con la inteligencia, rayo de su divina luz, por la que el hombre es imágen de su autor.

¿Qué dicen sobre esto los ateos?

No falta entre ellos quien diga sin rebozo, que la naturaleza ha plantado hombres en di-

ferentes partes del globo: pero cuando no se reconoce á Dios, la naturaleza no es otra cosa que este universo, esta reunion de todos los seres; y seria preciso rogar al que dijese que la coleccion de los seres ha plantado hombres, que hablase de un modo inteligible, y no expresase en un lenguaje bárbaro una idea todavía mas bárbara. Entre los antiguos, Lucrecio decia que en el origen los gérmenes de los animales estaban agarrados á la tierra por medio de raices, y vegetaban como las plantas; pero yo quisiera saber en dónde existen los monumentos históricos de esta vegetacion del hombre-planta. No pidamos testigos de este hecho que pasó allá en aquella época, y en aquellos lugares en que hablaban los árboles, y en que Anfion al son de su lira amansaba los tigres y atraia los peñascos; es decir, en el tiempo y pais de las quimeras. Si en otro tiempo han estado los hombres agarrados á la tierra por medio de raices, como las plantas, ¿por qué no lo estan todavía como ellas? ¿Por qué si la tierra ha producido los hombres por una especie de vegetacion, no sigue produciéndolos del mismo modo? ¿Por qué semejante mudanza en la produccion del hombre, cuando vemos todas las producciones de la naturaleza, los minerales

y las plantas, perpetuarse siempre del mismo modo? ¿Por qué ha dejado de ser hoy el hombre un resultado de cierta combinacion, habiéndolo sido antiguamente?

No hablemos de las metamorfosis por las cuales ha pasado el animal acuático que canta en nuestras lagunas, ni aleguemos las del gusano industrioso que hila su sepulcro, y despues de haberse arrastrado por la tierra desplega las alas de la mariposa; pues estas transformaciones se han visto en todos tiempos del mismo modo que ahora, y todos los seres que resultan de ellas han sido producidos de esta misma manera, como lo acredita una experiencia constante y universal: de suerte que, siguiendo las leyes de la analogía, si antiguamente hubiera provenido el hombre de una metamorfosis semejante, tambien provendria hoy de la misma.

Pero ¿cuál fué el estado del primer hombre cuando apareció sobre la tierra? ¿Quieren los ateos que haya aparecido niño, hombre hecho, ó bien que haya ido formándose sucesivamente? Detengámonos un momento á examinar estas tres hipótesis. Si se os dijese que el primer individuo de nuestra especie apareció en la tierra débil, delicado y sujeto á las necesidades de la mas tierna infancia, sobresaltados en

tónces por el peligro de su vida preguntaríaís qué madre le alimentó con su leche, y qué mano bienhechora defendió su cuerpo débil de los peligros que le rodeaban; pero sosegaos, que el ateista Lucrecio ha salido de todas esas dificultades en muy hermosos versos. Segun él, la tierra fué la nodriza del primer hombre; un vapor ligero su vestido, y su cuna el tierno césped.

Terra cibum pueris, vestem vapor, herba cubile
Præbebat multâ et molli lanugine abundans (1).

Yo, señores, no lo ví; pero diré que si esto no es cierto, es muy poético, y á lo ménos el tal Lucrecio tiene gracia, miéntras que los ateistas modernos con su lóbrega metafísica son tristes como las tinieblas.

Si dijéseis que el hombre salió de repente adulto y perfecto del fango de un pantano, calentado por los rayos del sol, afirmaríais una cosa evidentemente desmentida por los hechos; pues es contrario á todas las leyes de la analogía, y á la experiencia de todos los siglos y de todos los climas, que un animal se forme con tanta rapidez, y que adquiriera repentinamente

[1] *De Rer. natur.* lib. V, vers. 814 et 815.

y como por una creacion instantánea, toda su perfeccion.

Réstaos decir que el hombre se ha formado sucesivamente por la incorporacion y union de diversas partes: mas esto es otro absurdo, porque el cuerpo organizado es un todo en el cual cada parte supone la existencia de las otras. Un animal no se forma, como por ejemplo la sal, por la agregacion de diferentes moléculas reunidas: es un sistema compuesto de un número infinito de máquinas que tienen correspondencia directa y relaciones íntimas entre sí, hechas las unas para las otras y cuyas fuerzas concurren al bien general. Este todo se desenvuelve y toma mas volúmen; pero en cuanto máquina, siempre es en pequeño lo que despues debe ser en grande. Finalmente, aun cuando el hombre hubiera podido formarse así, preguntaria yo siempre en qué consiste que la tierra, despues de haber producido hombres de gérmenes preexistentes, no los produce ya de este modo.

¡Y qué responden á esto los ateos? Que la tierra es vieja, que está ya desvirtuada y ha perdido su fecundidad: ¡digna respuesta, y tan absurda como sus sistemas! ¡Y en qué la fundan? Pues qué, ¡no hay ya limo, ni tierra blan-

da y cenagosa, ni sol para calentarla? Al contrario, siempre existen los mismos materiales, y la naturaleza deberia hoy tener la mayor facilidad para esta clase de producciones, respecto á que por la muerte de una inmensa multitud de hombres se han esparcido por todas partes los gérmenes que habian servido para su formacion, y deben existir en gran cantidad tan preciosos átomos; de modo que los cuerpos muertos serian la semilla de los vivos, y los sepulcros almacenes en donde la naturaleza encontraria materiales ya dispuestos para formar hombres. Tales son en sustancia las reflexiones de Jaquelot (1) y de Fontenelle (2). En nuestros dias se ha renovado la doctrina de que ciertos animalejos, perceptibles solamente con el microscopio, nacen del seno mismo de la corrupcion; y se ha insinuado la posibilidad de que el hombre tenga un origen semejante: pero por de contado seria preciso probar que dichos animalillos no provienen de un germen preexistente, y que este no es el fruto de otro animalejo

[1] *Disertat. sur l'Exist. de Dieu.* II Disert. cap. V, tom. II, pag. 242.

[2] *De l'Existence de Dieu.* Œuvres, Tom. III, pag. 252.

que haya existido ántes del gérmen; lo que no está probado todavía. Pero ¿qué ganarian con esta suposicion, aun cuando no fuese gratuita, siendo constante que hay especies que no se reproducen por este medio, como el leon, el elefante, y el hombre? Siempre podré yo preguntar quién dió la vida al primer individuo de estas especies. A la verdad los ateos con sus hombres-plantas y con sus metamórfosis para explicar el origen de la especie humana, se muestran mas crédulos que los niños que creen en las trasformaciones causadas por la varita mágica de las hadas, y cuentos por cuentos, yo prefiero esas historietas que al fin divierten nuestra niñez, á esas novelas fisicas que envilecen al hombre y marchitan el corazon con impresiones de tristeza y de muerte.

No será ya tiempo, señores, de abjurar todos estos tenebrosos sistemas; de declararnos altamente á favor de las verdades sagradas que las naciones y los siglos han reverenciado como el verdadero fundamento del mundo moral, y de abstraernos enteramente y para siempre del dominio tiránico de esa falsa sabiduría, que ha usurpado el imperio á la verdadera para hacer de él un abuso tan funesto, que no ha reinado sino para destruir, ni hablado en nombre de la

tolerancia y de la libertad sino para exterminar y para introducir la anarquía ó la servidumbre. Si el ateismo es la fuente de todo mal, la creencia en la Divinidad es el principio de todo bien: un Dios, una Providencia, una vida futura, una religion, regla del entendimiento y del corazon, que reprime todos los vicios y ordena todas las virtudes, son cosas unidas entre sí y bien enlazadas; y no se necesita mas que ser consiguiente, para llegar desde la creencia en un Dios, padre comun del género humano, á la fe en un Jesucristo, su reparador. Acaso me sea concedido recorrer felizmente con vosotros el intervalo que los separa: yo solo exijo amor sincero á la verdad, y valor para abrazarla despues de conocida, aunque sea á costa del sacrificio de nuestras inclinaciones y de nuestros hábitos.

Agustin, jóven todavia, y esclavo del error y de los deleites, llega á Milan, en donde era entonces obispo el grande San Ambrosio. Asiste á las explicaciones de los libros santos y de la doctrina cristiana que aquel docto y celoso prelado hacia á su pueblo; ve disiparse poco á poco las preocupaciones que ofuscaban su entendimiento; la religion empieza á mostrársele con una luz nueva y mas favorable; y despues de

haber conocido todos los sistemas filosóficos, así como todos los placeres, cree haber encontrado lo que hacia tanto tiempo que buscaba en vano. Entretanto Mónica, su madre, no cesa de derramar lágrimas y de suplicar al cielo ilumine á un hijo tan amado, y le haga entrar en el seno de la iglesia católica. Sus gemidos y llantos no serán estériles. Agustin conoce luego la verdad, pero la desecha: se avergüenza de sus desórdenes, pero no puede libertarse de los halagos del deleite, y sufre violentos combates, hasta que agitado un dia su corazon por las angustias y el tumulto de sus pensamientos, se separa de sus amigos, y va á reclinarse en un árbol solitario: una furiosa tempestad agita su alma, y derrama un torrente de lágrimas; su entendimiento se ilustra, y se cambia su corazon. Su madre ve cumplidos sus deseos, y muere poco despues, llevando consigo al sepulcro el inefable consuelo de haber visto á su hijo entrar en el camino de la verdad y de la virtud. Aquí, señores, no hay un Ambrosio; ¡mas no habrá en este auditorio algun jóven Agustin luchando contra los lazos de sus pasiones, avergonzado de las cadenas que arrastra, pero sin valor para romperlas; entreabriendo sus ojos á la luz para volverlos á cerrar al instante, como

aquel á quien agobia un pesado sueño, que despierta un instante, hace algunos esfuerzos, y vuelve á aletargarse vencido por la molicie? ¿Y no habrá acaso en esta capital y en nuestras provincias mas de una Mónica desconsolada, llorando los extravios y la incredulidad de un hijo que tal vez se halla en este auditorio, que nos oye y dice en su corazon: ¡Seré yo de quien aquí se habla? ¡Cuán dichosos seriamos si se dignara el cielo servirse de nuestro ministerio para abrir su entendimiento á la verdad, y su corazon á la virtud! ¡Ojalá se penetre de que no son las pasiones las que han de darle la felicidad que busca, sino esta religion celestial que ha descendido para remedio de todos los males de la humanidad, que ilustra y fija las incertidumbres del entendimiento por la fe, consueta y fortifica el alma con la esperanza; perfecciona y santifica el corazon por la caridad, y dice á todos sin excepcion: „Vosotros, todos los que estais „aquejados de los males de la vida y fatigados „del choque de vanas opiniones, venid á mí: yo „os consolaré.”